

revista no. 7 julio 2022

Cluster

EN HONOR A LA CANÍCULA

Índice

05 SOBRE LA MANERA CORRECTA DE BAILAR SALSA
Bruno Armendáriz Torfoella

11 BOCHORRO, COME
Ndeni Rojas

19 LA CALOR NARCA
Leonardo González

25 MÁS VALE SOLA
Mariana Sánchez

31 GUÍA NOCTURNA PARA SOBREVIVIR AL CALOR
Ricardo Roa

recomendaciones





whitney

48 Hojas

Cluster



7 702111 813120

Fabricado en México por Carvajal Educación S.A. de C.V.

Av. de los Angeles No. 302, Interior Bodega 2, Colonia San Martín Xochimilco,

Delegación Azcapotzalco, Ciudad de México, C.R. 02120. Hecho en México.

Cuaderno fabricado con papel bond de 50 g/m². Carátula en cartón de 0.81 mm.

Tamaño: 18.25 x 24.80 cm.

Importado y/o distribuido por:

COLOMBIA: Carvajal Educación S.A.S., Yumbo. EL SALVADOR: Carvajal Educación S.A. de C.V.

Boulevard El Hipódromo, Edificio Gran Plaza, N.º 105 Zona Rosa, San Salvador. Tel. (503) 2519-4400.

COSTA RICA: Carvajal Educación S.A. Croyol de Alajuela, 800 mts. oeste de Estación RTV,

contiguo a Bodega Gollo. GUATEMALA: RICO Internacional S.A., 1a. Avenida y 13 calle zona 10,

Edificio Cubal Center, Nivel 7 01.704. Tel. 502 22554300. Patente No. 337261 y Patente No. 341108.

Créditos

REVISTA CLUSTER N°7 · VERANO 2022

DIRECTORA GENERAL

Mariana Sánchez López S.

SUBDIRECTORE Y CORRECTOR DE ESTILO

Mathias Ball Escamilla

JEFE DE REDACCIÓN Y CORRECTOR DE ESTILO

Bruno Armendáriz Torroella

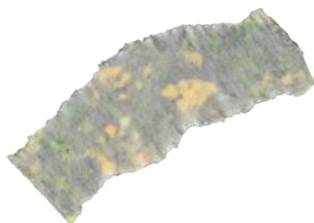
DIRECTORA DE ARTE

Alex Pereda

DISEÑO EDITORIAL

Muna Popoca

Malika Perica



TEXTOS

Bruno Armendáriz Torroella

Ndeni Rojas

Leonardo González

Mariana Sánchez López S.

Ricardo Roa

ILUSTRACIÓN

Malika Perica

Muna Popoca

FOTOGRAFÍA

Andrea de los Ángeles

Muna Popoca



Carta Editorial

Con la llegada del verano comienzan a perfilarse las altas temperaturas y las nuevas disposiciones tanto físicas como emocionales. Típica, o acaso idílicamente, los días soleados y sus colores vibrantes encaminan la escucha hacia sonidos más jubilosos, ritmos bailables y melodías vivaces; sin embargo, las condiciones impuestas por un país tan multifacético y envolvente –en sus mejores y peores acepciones– como México, permiten vislumbrar una experiencia musical del calor más bien conflictiva en la que aún cabe el goce y la recreación, pero ya no libres de reserva: las altas temperaturas, alguna vez sinónimo de vacaciones y sensualidad, se relacionan cada vez más con el calentamiento global, con un norte violento, con bochornos sofocantes, antes que con la relajación y el erotismo, todavía fundamentales en el imaginario caluroso, aunque ya reducidos al cliché o al recurso humorístico. El presente número se ha propuesto revalorar –oblicuamente, si se quiere– la música y los sonidos asociados con el calor, tentativa que se ha visto reflejada en un mosaico tanto irónico como quejumbroso que, con el pretexto del verano, inspecciona los corridos, la salsa, la ciudad y la playa.

Sobre la manera correcta de bailar salsa

POR BRUNO ARMENDÁRIZ TORROELLA
@BRUNOARMENDA

He tenido amigos eruditos, pero ninguno como Arsenio Rubalcava. Aquel inigualable amigo fue nombrado así en honor al antiguo anacoreta, y aunque de devoto y penitente tenía muy poco, ya comenzaba a salirle una barba frondosa que presagiaba su vejez iconográfica. Cuando hablaba, Arsenio cruzaba las piernas, entrelazaba las manos y erguía esporádicamente el dedo índice para enfatizar la importancia de sus aseveraciones; cuando callaba, movía de arriba a abajo la punta de su pie izquierdo al ritmo de La Sinfonía n.º 5 en si bemol mayor, D. 485, de Franz Schubert, y acariciaba suavemente el contorno de su barbilla como diciendo “Ya veo” al tiempo que preparaba un “Sin embargo”. Por otro lado, Arsenio tenía un perro y un gato, que nombró como sus poetas favoritos: Yeats y Keats. Cuando no se encontraba ordenando los numerosos estantes de su biblioteca privada, le leía a sus mas-

cotas los textos de sus tocayos tendido sobre la hamaca que colgaba entre el manzano y el peral de su vasto jardín, que por obvias razones conocíamos como “Edén”. Arsenio tampoco decía groserías, no porque no quisiera, sino porque no le salían; cada que buscaba la injuria la contaminaba con citas y complejidades sintácticas que hacían del insulto un argumento, una tesis que nada tenía que ver con la llaneza de un “Chinga tu madre”.

Por supuesto, Arsenio no comprendía el fuera de lugar balompédico y le costaba entender cómo un deporte tan rudimentario como el futbol era capaz de cautivar a las personas con mayor intensidad que los cuentos de Borges, por lo que atravesó un período de radicalidad antideportiva durante el cual no se cansaba de repetir ante la menor provocación: “El soccer es el opio del pueblo”. Alguna vez escribió un ensayo en clase de español exponiendo las razones por las que el futbol podía considerarse el nuevo factor alienante de la sociedad moderna; una semana después, el profesor Aldrete le devolvió el escrito con un 10 en la esquina superior derecha y un comentario al costado que decía: “Está bien, Arsenio”.

Y es que mi amigo era tan erudito que los profesores le temían, ya no sólo por las correcciones históricas, matemáticas, gramaticales que les hacía, sino por todas las críticas que pudiera hacerles a propósito de lo que tomaran, lo que comieran, lo que vistieran; porque Arsenio sólo bebía infusiones chinas preparadas tradicionalmente en porcelanas coleccionables, comía sólo alimentos frescos o importados con elaboraciones artesanales, vestía siempre zapatos boleados, pantalones

planchados, camisas pulcras y suéteres de cachemira kirguistana, y nadie nunca ha registrado la menor arruga, la menor mancha, la más mínima imperfección en su porte.

Resulta que un día Arsenio me invitó a su casa, convenientemente ubicada al lado de una Ghandi, por considerarme un propiciador de la eudaimonía discutida por Aristóteles y retomada por Nietzsche. Como yo no supe si se trataba de un insulto cortés o de una cortesía que parecía insulto, accedí por si las dudas. La cita era el sábado a mediodía. Cuando llegué y crucé los portones, me di cuenta de que no era el único propiciador de la eudaimonía que había hecho acto de presencia; en realidad, se trataba de una auténtica kermés soleada con mesas en el jardín, salchichas y cortes extranjeros asándose en la parrilla, cervezas artesanales en las hieleras y conversaciones sobre expresionismo abstracto impregnándose en el pan de centeno orgánico que yacía sobre los manteles.

Como Arsenio estaba muy ocupado haciendo de anfitrión, tuve que sentarme en una mesa elegida más o menos al azar y esperar que mi escaso bagaje cultural pudiera servirme de algo contra las disquisiciones marxistas en el arte contemporáneo, los comentarios en torno a la música programática o la radicalidad antideportiva, porque todas las amistades de Arsenio eran politólogas, musicólogas, y politólogas entusiastas de la musicología. Entre tanto yo me preguntaba qué tanta eudaimonía podía yo provocarle a Arsenio, si el resto de sus “propiciadores” invitados no hablaban más que de dialécticas insospechadas y de textos heterosemióticos en la Italia decimonónica. Entonces me

moví a otra mesa en la que, como era de esperarse, hablaban de todo

me
ocurría ninguna intervención inteligente y encima soy tímido, me puse a
hacer figuritas con el migajón comprimido del pan, pero justo cuando
comenzaba a disfrutar de la mesa contigua a la
intelectual de la escultura de
cerámica y las tallas en madera, las
cuando ya había dispuesto
Arse
Aquí es
ver los m
resultaba
pueden
mo, de
manera
relajado
de pira
tos ex
acercar
festivo
su clase de
dado cuenta de que su materia de especialización tiene que ver con la
teoría, pero también con una praxis que ha descuidado y que



planchados, camisas pulcras y suéteres de cachemira kirguistana, y nadie
nunca

imprecisión en su porte.

Resulta que un día Arsenio llegó a su casa, convenientemente ubica-
da al lado de una Grandi, por considerarlo un propiciador de la eudai-

monía a discutirlo. Él no

suspiró si se traía de la cía

instituto, accediendo a lo

llegué y crucé el opi-

ciudad de la eu- dad,

se estaba de el jardín,

sandwiches y corrientes artesana-

le en las hielos abstracto

integrándose los man-

te.

Como Arsenio es ve que

sígame en una que mi

el so bagaje cul- ciones

no xistas en el a o a la

nica programá- as las

a stades de Arse- entu-

sas de la music- preguntaba que tanta eudai-

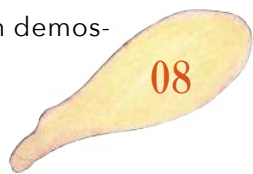
monía podía yo provocarle a Arsenio, si el resto de sus "propiciadores"

inv...

heterosemióticos en la Italia decimonónica. Entonces me

moví a otra mesa en la que, como era de esperarse, hablaban de todo menos del clima, la Liga MX y los signos zodiacales. Como no se me ocurría ninguna intervención inteligente y encima soy tímido, me puse a hacer figuritas con el migajón comprimido del pan, pero justo cuando comenzaba a entretenerme me abordó un tipo de la mesa contigua para interrogarme sobre las propiedades formales de mis esculturas de centeno. Francamente, empezaba a extrañar las disquisiciones marxistas cuando sonó una salsa proveniente de las bocinas que había dispuesto Arsenio en el jardín.

Aquí comienza propiamente el escrito. Sucede que un minuto antes de ver los movimientos "salseros" de mi amigo, había olvidado lo inútil que resultaba el academicismo para realizar tareas espontáneas, como pueden serlo reír, decir que sí, acariciar a un animal, burlarse del prójimo, decir que no y, desde luego, danzar: Arsenio baila salsa de la manera más correcta posible; es decir, de la peor manera que existe, con relajaciones en el tema, vueltas simples en los montunos, todo el arsenal de piruetas en el mambo, las síncopas perfectamente atajadas, los acentos expresados, la sonrisa impostada y una coordinación infalible que se acerca más a la comprobación del teorema de Thévenin que a la manifestación de una musicalidad caribeña. Arsenio salsea como el mejor de su clase de danza, como un estudioso de la felicidad latina que se ha dado cuenta de que su materia de especialización tiene que ver con una teoría, pero también con una praxis que ha descuidado y que, para revertir el despropósito, se limita a ejercer los sábados en demostraciones públicas de cabalidad corporal: el vaivén



premeditado, la calibración del talón con las explosiones del timbal, ornamentaciones pertinentes, decisiones fundamentadas, ningún riesgo en el solo de congas, ninguna mano que se desliza del hombro femenino para llegar a su cintura, ninguna mirada que se posa en el cuello, en los labios entreabiertos; los 25 centímetros reglamentarios, la exacta combinación de rigidez y suavidad, sin transpirar, sin suspirar, sin desear a su pareja, profesionalmente, concupiscencia mínima, coreografiada, la variedad plausible, los invitados que observan, una conferencia antes que nada, hay desenlace, hay anuncio del desenlace, hay aviso del anuncio, publicidad ante todo, de película, blanco y negro podría ser, más blanco, muchísimo más, repetición de la secuencia, iteración que legitima, una más, pero distinta, otra, parecida, como dijo el profesor. Termina la canción y todo sigue igual, o sea que las pasiones permanecieron dormidas y la salsa no sirvió de nada. En el fondo a todos les encantó, porque presenciaron un pastiche de la sensualidad sin tener que lidiar con sus tensiones, sus titubeos, sus vértigos: todo fue una mera ilusión, un acto inconsecuente, el puro amague del calor, la tropicalidad sin mosquitos.

Alguna vez mi abuelo me contó su viaje a La Habana. Una noche salió a bailar, o al menos eso quería hacer, pero se quedó sentado viendo cómo se turnaban los cubanos para salsear con la abuela. "Han de haber sido unos 12 o 13, y todos bailaban diferente", me confesó, "pero cuando se acabó la música y la buscaron para seguir la fiesta en no sé dónde, tu abuela les dio las gracias y se regresó conmigo al hotel, que porque no sabré bailar, pero de todas formas a ella le gustaban más los



hombres serios’’. Ahí sí que hubo salsa, es decir derrota, es decir resignación, pero también hubo revancha, reconquista, conciliación tras el cisma. Tan es así que luego tuvieron cuatro hijos: el riesgo de pérdida a manos de un habanero fue tan real como la unión que terminó contradiciéndola. En cambio vuelvo al jardín de Arsenio y la gente reanuda sus comentarios sobre la obra de Jackson Pollock como si hace dos minutos no hubiera cantado Ángel Canales “Linda es tu figura y manera de ser. Tus ojos bellos que me invitan a ser esclavo de ti” y como si dos personas no hubieran establecido un contacto físico más comprometedor del habitual. Seguro que Arsenio me recordaría la templanza de Sofrosina, pero todos sabemos que si ella hubiera nacido en Puerto Rico la mitología sería diferente.

Así como hay soneros y cantantes, también hay salseros y danzantes. La improvisación distingue. Tenía ganas de volver a invocar a Ángel Canales, de tomar la mano de la musicóloga más cercana y de contonearme atrevidamente hasta recibir la bofetada. Todo para subvertir el régimen del que sabe hacer las cosas; pero eso tampoco es la sensualidad, aunque, a decir verdad, está cerca de serlo. La salsa y la sensualidad están basadas en el mismo fundamento: la oportunidad de la sorpresa. Interrumpí la conversación de Arsenio para decirle que era el peor danzante que había conocido. Todos rieron y dijeron que sí.

Bochorno; CDMX

POR NDENI ROJAS

@NNNDENI



Siento que me derrito
y veo todos a mi alrededor
convirtiéndonos en seres de agua
dentro de una ciudad de bullicios,
con orquestas, arrítmicas y desafinadas.



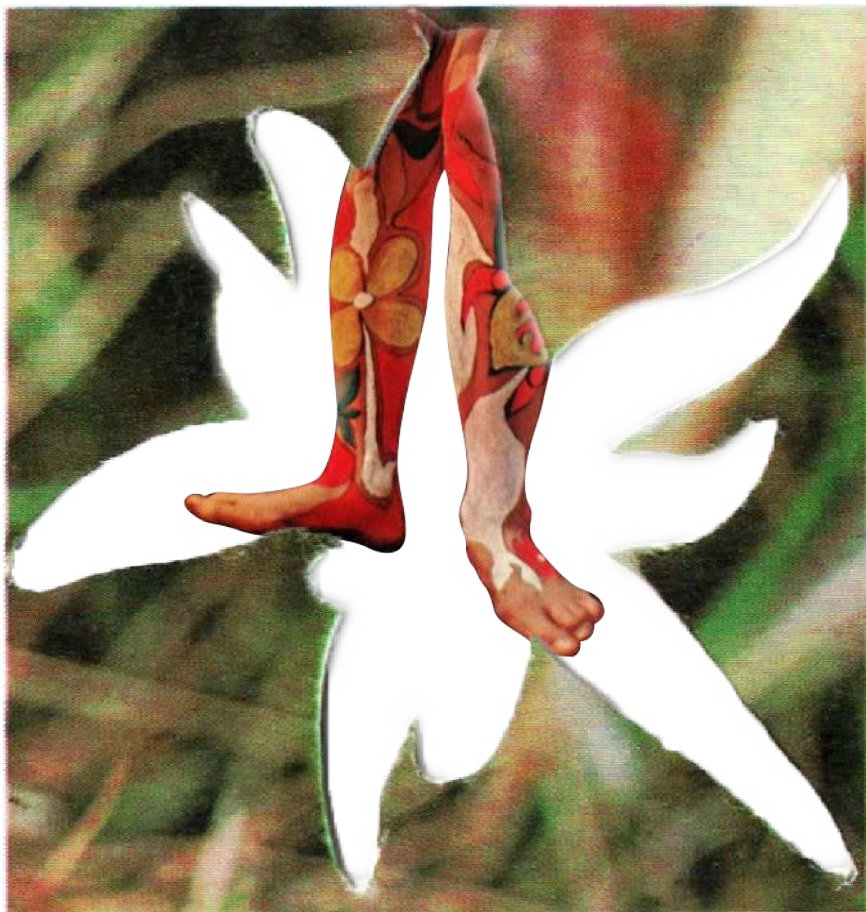
Cantamos los himnos líquidos
 que inundan pensamientos cristalizados,
 no por el frío del invierno –
 que se fue,
 sino por la inefabilidad de lo colectivo
 tras un encierro hermético.
 ¿Podemos escuchar las melodías de otros?



Mis piernas descubiertas

por la escasa longitud de aquel vestido

se inundan en los asientos



de autos que recorren los acordes de

este caos compartido.

El deseo que enciende encuentros fortuitos
se empapa con flujos incómodos y
silencios gratuitos:

Toda composición necesita vacíos
para resonar en la memoria
de quienes nos hemos ido—

Gotas de sudor guardan
las huellas de mis pausas,
porque no transpiramos en movimiento,
sino cuando descansamos
de aquella velocidad recuperada
que creíamos natural —

Pero nunca lo fue, ni podemos
aferrarnos a lo que tuvimos:
no va a regresar.



Entre gritos de sirenas y ambulancias
se ahogan los murmullos del llanto—
ternura, desasosiego y cansancio.



Lágrimas revelan las notas
de una fuga de afectos olvidados,
que alguien escucha sin hacer ruido.



Sueños estancados en
reverberaciones ancestrales
que anticipan el eco y movimiento
de momentos que rebotan
contra la pared de lo incierto.

Estas lluvias a 30 grados centígrados
no pertenecen a la primavera.

El calentamiento de la tierra
y la contingencia
desbordan experiencias atrapadas
en la merma

de una música
sin instrumentos

Una música de agua –
oleajes corporales que destilan
el bochorno en la Ciudad de México.





La calor narca

POR LEONARDO GONZÁLEZ

@LEOGLEZROM

Francamente no puedo culpar a Abelina López Rodríguez, alcaldesa de Acapulco, por haber declarado que *la calor* significa un factor para la violencia en el estado de Guerrero. Híjole, luego hay que poner atención a los nombres porque vivir en zonas tan calientes (amplia gama de acepciones para este adjetivo) es de *guerreros*. U otras cosas locas, como la teología católica y su eterno fuego

infernol, los nueve círculos dantescos, el calor del pecado,

pues. Y si hablamos del Infierno,

vale la pena traer a colación la película de Luis Estrada:

escalofriante realismo paródico de una vida abrasadora.

E incluso cosas todavía más locas, como la ciencia, tan

fanática de las correlaciones, que ya lleva su buena cantidad de estudios sobre los aumentos paralelos de crímenes violentos y grados en la temperatura: so fortuna la del genio vinculante, violencia y bochorno, la pobreza por detrás. No paremos, vayamos a la historia, ¿quién se acuer-



nos de la zona?

Qué tal y la con-

quista no deseaba



tanta masacre, sino que, más bien, el deseo de la búsqueda y el viaje precisaba lo diferente, el clima del trópico y el ecuador, sin tomar en cuenta, puesto que la aventura llama, que lo caliente emperrea. O la sedienta musicalidad de lo regional, aquello ignoto campesino bajo el Sol, imposible no emparentar lo caliente a lo ranchero y lo ranchero a lo salvaje, ¿verdad? Aquel punto incivilizado que a pesar de todo sigue haciendo cultura con lo que le tocó, lo cual, efectivamente, ha sido la barbarie. Mi punto es que nadie tiene pruebas de que las afirmaciones de la alcaldesa acapulqueña no sean, de hecho, posibles.

Pero en serio. El calor y la violencia: menuda relación belicosa. No consigo desasociar esa idea cuando pienso en Culiacán, pero tampoco cuando pienso en Coahuila, en Tamaulipas o en la región que ostenta un nombre tan aterrador: Tierra Caliente. Aunque a estas alturas, nombres como Michoacán, Guerrero o Estado de México, tienen el mismo efecto. Y cómo no pensar en que la temperatura guarda una profunda, enigmática, casi mitológica relación con la furia humana si el lenguaje no deja de insistir en ello: “el clima de violencia que se vive aquí, acá y acullá”, exclaman los noticieros. “Las calles arden, yo estoy alerta”, exclama Gerardo Ortíz.

Ahora, ahí está el detalle. Ningún fenómeno social es monocausal. ¿Qué más hay?

Se llegó, en algún momento, momento inconcluso, a sugerir la

idea de que la proliferación masiva de narcocorridos tenía un efecto nocivo en la sociedad y, en consecuencia, la reproducción de estos fue prohibida en estaciones de radio y canales de televisión de algunas de las zonas más violentas y calurosas del país.



Por ejemplo, el entrañable Malova, quien en 2011 prohibió en Sinaloa la difusión de narcocorridos y la contratación en eventos públicos de artistas con tan morboso repertorio musical. En realidad, y a pesar de la millonaria popularidad de estas excitantes canciones, la opinión es relativamente generalizada: otro ejemplo: en 2019 sucedió lo que se ha llamado Jueves Negro, o sea, el asedio abrumador de la ciudad de Culiacán por parte de las fuerzas armadas del Cártel de Sinaloa para exigir la inmediata liberación de Ovidio Guzmán, cuando esto ocurrió, pues, alguien publicó en tuitter una de las imágenes más populares del acontecimiento, en la que se puede apreciar una postal de la ciudad, en modo zona de guerra, con columnas de humo erigiéndose en puntos dispersos, y escribió algo como esto: cuando quieras sentirte chingón escuchando narcocorridos, recuerda que éstas son las consecuencias de la narcocultura. École. A tan sesudo análisis yo solo agregaría: ... y la calor. Es que la calor es fiera seductora y harto mañosa. Dicen los que saben: que por un lado nos ponemos más irritables cuando la temperatura sube, yo les creo, sobre todo tras el poético experimento de poner a gentes en habitaciones con control de temperatura, luego a un individuo divertido que los evaluaba cual crítico de personas y, final-

mente, subiéndole a los grados centígrados, la posibilidad de darle un escarmiento eléctrico al osado opinador, si ése era el deseo del criticado. Claro que la descarga era falsa, pero los resultados mostraron, bien ambiguamente, diría yo, que cuando las temperaturas subían, las gentes tomaban el impulso decisivo de ser violentos y castigar al hablador. También dicen los que saben: que cuando arrecia la calor es común que bebamos cerveza, yo no puedo sino creerles. Aquí la evidencia: primero que nada: "Unas ultras pa la sed, pa matar el calorón", Calibre 50 por un lado, "Necesito unas heladas pa ponerme bien al tiro y con eso de volada quedo como gallo

giro", Los Tucanes de Tijuana por el otro. Es decir, a decir de quienes saben de lo étlico, nos permitimos unas aparatosas conductas cuando nos desinhibe la sustancia histórica. ¿Se entiende?

Entonces, ¿cómo?

La recomendación sería evitar vivir en lugares calurosos, eso lo primero, ¿no? Luego, si ya de plano uno no puede elegir bien a bien en dónde morar, pues evitar las mentadas heladas, que nada bien le hacen al sosiego. Empero, estamos hablando de una tamaña cosa con eso de no tomar cerveza cuando hace calor, ¿me explico?



Pues amén de evitar el horror y la violencia, si fatalmente condenados estamos al calor y la cerveza, bajo ninguna circunstancia, cueste lo que cueste, hay que ambientar con la atmósfera musical de los narcocorridos nuestra pachorra bochornosa, hay que, como dijeron los Calibre 50 una vez, "acabar la violencia, no más delincuencia, el ejemplo hay que dar".
¿Será?



¿Quién nos ha dado el ejemplo a nosotros, un país desbocado, acaudalado y miserable, descomunal e insignificante, un país que nunca cambia y es igual que siempre y es igual que todo? ¿De dónde agarramos nuestras mañas malandras y nuestros rituales solemnes? ¿De dónde obtuvimos la violencia?

Quién sabe.

En cambio, los narcocorridos se conocen a sí mismos y quizá conocen a México mejor que cualquier otra manifestación cultural. Saben de dónde y de quién vienen y saben a quién y a dónde van. Otros que saben cosas dicen que los narcocorridos son temidos por la cultura oficial porque se oponen a ella orgullosos de su estatus marginal. Corridos prohibidos. Autoproclamación manifiesta, programática.

Sí, los narcocorridos son todo lo que dicen que son pero también son más, son la pérdida de la máscara, son el antiestado, a pesar de ser devotos del poder. Y junto a la alcaldesa de Acapulco, la ciencia de datos, la censura narcocorridíl, el demonio de los alcoholes, los corridos prohibidos vienen también a aportar su granito de arena en la mejor comprensión de eso que pasa en México pero no nada más en México, lo que nos encierra, aterra, enfurece y agüita, pero que también nos asombra, excita, emociona y fascina: "Sabemos que el narcoimperio nunca lo van a tumbar, si en la política grande no dejan de cooperar. Si andan en el mismo barco, juntos lo van a remar": La fiesta de los perrones: Grupo Exterminador.



Más vale sola



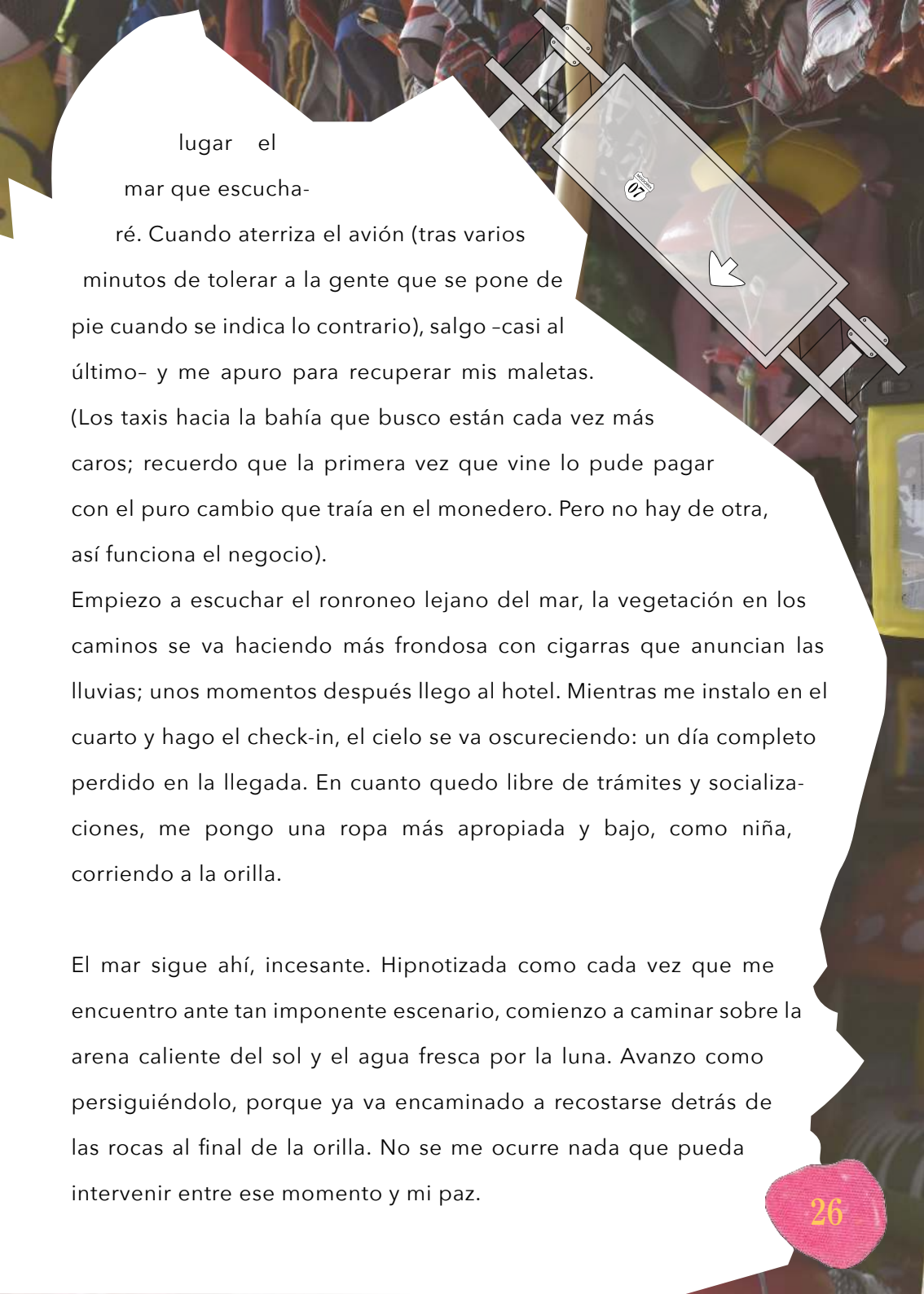
POR MARIANA SÁNCHEZ LÓPEZ S.
@SANCHEZLOPEZSSSS

Después de meses viviendo bajo el yugo de la vida productiva, toca fugarse, experimentar el escape. Llega el día, el único día en el que madrugar no se sentirá como un sacrificio, en que pasar horas caminando por los pasillos del aeropuerto o intentando descansar en los asientos angulosos de un pájaro metálico es algo que podré soportar; más aún, es algo que disfrutaré, pensando que dentro de poco mi piel se llenaría de sal y calor.



Pasa el tiempo y por fin subo al avión –¡cada vez más cerca del destino!–. Trato de ignorar que estoy al lado de un señor cuyas piernas no pueden mantener una distancia menor a 30 centímetros de las mías; suspiro, sonrío amablemente. El resto del viaje procuro mirar por la ventana, ignorar los ronquidos del vecino e imaginar





lugar el
mar que escucha-

ré. Cuando aterriza el avión (tras varios minutos de tolerar a la gente que se pone de pie cuando se indica lo contrario), salgo -casi al último- y me apuro para recuperar mis maletas. (Los taxis hacia la bahía que busco están cada vez más caros; recuerdo que la primera vez que vine lo pude pagar con el puro cambio que traía en el monedero. Pero no hay de otra, así funciona el negocio).

Empiezo a escuchar el ronroneo lejano del mar, la vegetación en los caminos se va haciendo más frondosa con cigarras que anuncian las lluvias; unos momentos después llego al hotel. Mientras me instalo en el cuarto y hago el check-in, el cielo se va oscureciendo: un día completo perdido en la llegada. En cuanto quedo libre de trámites y socializaciones, me pongo una ropa más apropiada y bajo, como niña, corriendo a la orilla.

El mar sigue ahí, incesante. Hipnotizada como cada vez que me encuentro ante tan imponente escenario, comienzo a caminar sobre la arena caliente del sol y el agua fresca por la luna. Avanzo como persiguiéndolo, porque ya va encaminado a recostarse detrás de las rocas al final de la orilla. No se me ocurre nada que pueda intervenir entre ese momento y mi paz.

Una serie de cuadros en movimiento acompañados siempre por aquel rugido. El mar reanuda su arrullo, predice mis pasos que van quedando marcados como globos sobre la arena húmeda; el arrullo que va y viene, a veces estruendoso, otras veces tranquilo en la piel. Mis oídos se adormecen, yo me sumerjo cada vez más.

El concierto sigue y sigue, mientras todos mis sentidos se estremecen ante una serie de nuevas sensaciones: el olor de la brisa, que lleva consigo tintes de sal, alga y pescado; el viento que sopla con fuerza en mi rostro mientras siento las piernas raspando la arena; el cielo variopinto; la marea (¡siempre la marea!), la nota asombrosa que llama a las aves e insectos de estas horas...

CHUN TA-TA, CHUN TA-TA

Sigo caminando. Las olas comienzan a seguir la voz de la Luna y

triki triki chaca chá

IIIIHHH qué rolón

tiri tiri tarará

empiezan a subir como queriendo comerse la orilla,

mojando cada vez más mis piernas, con una fuerza casi furiosa.

TRAAAAAGOS DE AMARGO LICOOOOOR

Intento ignorar aquellos sonidos, distorsiones que yo había olvidado al poner pie en la playa; pero conforme avanzo se vuelven más nítidos e intervienen en mi soliloquio con el mar.



cling cling
¡salud! ¡salud!

Sacudo la cabeza. No puedo permitir que otro percance interrumpa este concierto que

te voooooy a esperaaaaar

el mar presenta a mí, ahora, después de tanto tiempo.

Pero, ¿qué pasa? Mis pies me traicionan y comienzan a caminar hacia aquella luz cálida rodeada por cuatro tumbonas, un tronco y personas bailando y gritando. En mi cabeza me uno a los coreos y de pronto me veo ahí bailando con todas esas personas.



¡Hey, tú!
¿Qué haciendo? ¡Vente al cotorreo!



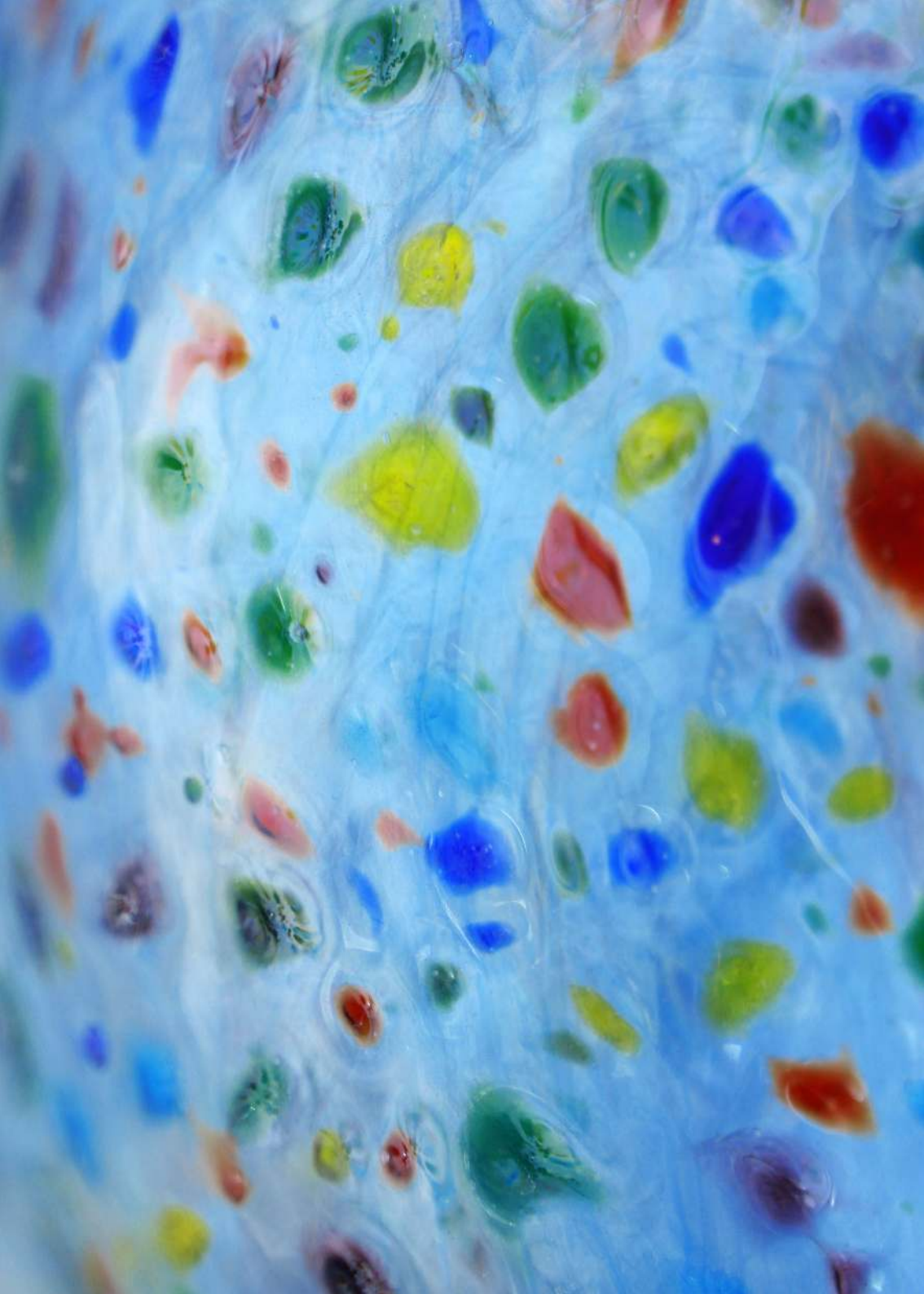
Al carajo: ¡la única persona que no permite
que disfrute el mar soy yo misma!
Mejor dejar de lado las aspiraciones
poéticas

(que honestamente nunca se me dieron tan bien) y el desprecio a la gente que, como yo, sólo busca disfrutar unas vacaciones en la playa.

¡Qué tal! Preciosa noche. ¿Ya andamos en la hora de las rancheras?

Pásenme una bien fría pues.





Guía nocturna para sobrevivir al calor

RICARDO ROA

@_ROA19

No te quejes. Ya sabes que a esta hora el metro siempre está así. Ya sabes cómo son estos viajes subterráneos. Si necesitas un poco de aire –y vaya que lo necesitas–, intentarás, en la medida en que el escaso espacio te permita, pararte sobre las puntas de los pies para asomarte sobre la masa y acceder a ese mínimo pero refrescante cúmulo de aire que descansa sobre tu cabeza y las de los demás. Eso, por supuesto, si abrieron las ventanas, y es que en una noche calurosa como la de hoy seguro a alguien ya se le habrá ocurrido, ¿verdad? La idea te abruma. Te sientes asfixiado. Antes, incluso, el calor en el andén te rodeaba. Casi no hay gente, pero a estos metros bajo tierra sofocarse es casi costumbre.

vieil aller

vieux arrêts

aller

absent

absent

arrêter

El sonido lúgubre del metro aproximándose te obliga a voltear a tu izquierda y te recuerda súbitamente que no te has puesto los audífonos. ¿Dónde los dejaste? Apenas aparece el borrón naranja frente a tus ojos, tú ya estás sujetando con fuerza la mochila, anticipando la congestión habitual en las puertas. A ver si no tienes que esperar al siguiente. Mientras desenredas los audífonos, vas calentando el hombro para la batalla que es, nada más, entrar al vagón. Empiezas, impaciente, a mover el pie. ¿Para qué trajiste chamarra?

Antes de que el metro se detenga, tú ya has logrado separar los audífonos y te dispones a colocarlos. **R** es para la derecha. ¿Qué escucharás? ¿A dónde vas? Seleccionas aleatorio y no te convence lo primero que escuchas, adelantas, nada te satisface. Se abren las puertas. Entras y buscas un lugar. No hay. Da igual. De todas formas, no esperabas encontrar uno. Te sujetas. El tubo parece derretirse. Eres consciente de tu sudor. Te sujetas más fuerte. Entonces, la música, que se había perdido en la distancia, gana volumen.

There ain't no cure for the summertime blues

Aprietas el puño. ¿Por qué aprietas el puño? Te deshaces. Miras al frente y el vagón se hace largo largo. Inalcanzable. Todavía no sabes a dónde vas. Ves cómo tu brazo se estira. Tu mano, que todavía sujeta firme el tubo, se empieza a diluir. Miras por la ventana y tus ojos, pobres, tratan de aferrarse a algún objeto pero el intento es fútil. Las pupilas se apresuran pero siempre llegan tarde. Te estás quedando atrás. Aturdido, cierras los ojos y sacudes la cabeza, pero eso sólo amplifica la sensación de náusea. Sudas. ¿Desde cuándo hacen los vagones tan pequeños? Burlón, aparece el sonido de una lata que se abre y esa voz.

cold and sizzling!

Es una broma, ¿verdad?

I sold my soul

No puedes evitar que salga una risilla.

For a sip at school

El maldito absurdo.

A swimming pool

No te quejes. Te persigue, y tú te dejas atrapar.

Es una onda expansiva y tú te regodeas en el calor.

Dumbfounded by the sizzle of the bubbles on the tongue

Llegas a una estación. Ni siquiera sabes cuál es, pero las puertas se abren. Un golpe de aire fresco invade el vagón y rápido escapa por las ventanas. No te da tiempo ni de inhalar. Ascensos, descensos. El resultado es un par de asientos libres. Corres para alcanzar uno, aunque realmente nadie más está compitiendo por ellos. Ahora estás más agitado. ¿Por qué, si el calor siempre pasa de un cuerpo a otro de

menor temperatura, tú lo recibes todo? Con trabajo, haces bola tu chamarra y la apretujas en la mochila. Al cerrarla, reconoces la canción que recién comienza.

**sometimes all i think about is you
late nights in the middle of june**

Irónico, piensas. Sientes que el calor también puede ser frío. Quieres echarte a llorar, pero no lo haces. Casi aceptas la idea de que alguien –o algo– está planeando la lista de canciones para hacerte pasar un mal rato, pero sabes que eso no es posible, ¿verdad? No todo tiene que tener una razón, ¿o sí? Te acuerdas de Beckett. Piensas que sabes lo que habría dicho, pero no sabes nada.

Saltas un par de canciones y, de la nada, irrumpe la voz de Janis:

One of these mornings

You're gonna rise, rise up singing

You're gonna spread your wings, child

And take, take to the sky

Te da ánimos. Ah, sueñas. Te imaginas lo que sería salir, pero no puedes. El metro no se detiene. (¿Cuándo avanzó?) Te imaginas cómo sería vivir en otro lugar. Pero en otros países también hace calor, ¿no? De eso no se escapa. Es como una onda expan... eso ya lo habías dicho, ¿recuerdas? No te pareces un carajo a Elizondo. Un audífono se cae y eso te devuelve a la realidad. ¿Dónde estamos? ¿Importa?

Sí. Llegaste. Es tu estación. Corres. Inicias la procesión. Te unes a la multitud. Te falta el aire. Acomodas los audífonos. Caminas junto al resto hacia la salida. Parece que ni siquiera caminas; la masa te lleva y finalmente te arrojará cuando se desintegre. Miras, como siempre al frente y ves cabezas, pero no distingues personas. Miras a un lado y ves cabezas; del otro lado, cabezas.

Am I cold?

I cannot tell

¿Cuál es el punto? Al final lo has vuelto a hacer. Sobreviviste un día más. Por fin empiezas a respirar. Mañana habrá que repetirlo todo.

